

QUÉ ME IMPORTA... Algunas consideraciones frente a los planes de reasentamiento de refugiados en el Uruguay y sus formas de comunicación

Pilar Uriarte Bálsamo

Dra. en Antropología Social, prof. adj. Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Los planes oficiales de reasentamiento

A comienzos de 2014, la iniciativa de un plan para el refugio de niños afectados por la crisis humanitaria en Siria fue el primero de los eventos que desató en el Uruguay, la reflexión en torno a la necesidad de integrarse - mediante acciones concretas - al sistema internacional de protección de los derechos humanos para refugiados y desplazados. Esa iniciativa se concretó en octubre del mismo año, con el reasentamiento de cinco familias de origen sirio, previamente refugiadas en el Líbano, en un proceso que continúa hasta hoy y que no ha estado libre de conflictos y malentendidos de casi todas las partes. Las 42 personas reasentadas formaban parte de un grupo de 102 (un total de 12 familias) que habían sido seleccionadas para integrar la iniciativa, pero que finalmente no llegaron en su totalidad a nuestro país.

En diciembre del mismo año, se generó un nuevo sacudón con la llegada de seis personas detenidas en Guantánamo, que a través de la figura de refugio, se radicaron en Montevideo, capital del país. Esa iniciativa respondió al diálogo entre los gobiernos de Estados Unidos y Uruguay, en el marco de la necesidad de cerrar la base de Guantánamo, que implicaba generar alternativas dignas para las personas allí detenidas. Esas negociaciones entre estados fueron simultáneas a otras de carácter comercial, generando ruidos en la forma en que se transmitieron a la sociedad las motivaciones y el lugar que la protección de los derechos humanos ocupaba en todo el proceso.

Tres años después, ambos temas continúan en la agenda pública, con periódicas manifestaciones de disconformidad de los refugiados en torno al país, su costo de vida y la forma en que se vinculan con los responsables de los programas. Coberturas de prensa que ponen el foco en el conflicto y un alto nivel de incomprensión y rechazo de estas manifestaciones por parte de la opinión pública caracterizan hasta hoy el debate en torno a los refugiados - desbordando el marco de los programas de reasentamiento, hacia el resto de la población refugiada y migrante en el país, que simultáneamente, muestra una tendencia al aumento.

Con ese contexto como trasfondo, en mayo de 2017 el gobierno de Uruguay comunica a través de la prensa la intención de promover un nuevo programa de reasentamiento hacia Uruguay, para refugiados de El Salvador. Significativamente, en la difusión de esa iniciativa, se incluyen elementos que no parecerían relevantes en otro contexto: el costo del alquiler de las viviendas destinadas a esa población, las capacidades exigidas para seleccionar a los integrantes del programa, entre otros; pero que vinculan el debate en torno a las dos experiencias anteriores, y su pertinencia y sus costos para nuestro país.

La presencia de estas iniciativas oficiales, pasadas o venideras, en medios de prensa y la conflictividad que ellas desatan, impone la idea de que son estas las únicas experiencias de refugio y reasentamiento en nuestro país; sin embargo, eso está muy lejos de la realidad. Existen planes previos de reasentamiento de refugiados de origen colombiano y, fundamentalmente, refugiados y solicitantes de refugio que por sus propios medios y por diferentes caminos y motivos llegan a nuestro país.

Estas situaciones permanecen la mayoría de las veces invisibilizadas para la opinión pública y, al mismo tiempo, extremadamente relegadas en la asignación de recursos públicos. A diferencia de la cobertura sobre los planes de reasentamiento (que se caracterizó por la discusión en torno a la pertinencia, garantías, seguridades, costos, incluso dando a conocer datos en un sentido muy diferente al de las recomendaciones de los protocolos sobre refugio), la realizada sobre otras experiencias es llevada al ámbito de la excepcionalidad, trazando trayectorias aisladas y cargadas de exotizaciones, en tonos donde se destaca el carácter peculiar y aventurero, como casos de polizones africanos; o la radical diferencia de sus costumbres, idiomas y religiones en relación a las nuestras, para el caso de los refugiados de origen árabe-musulmán. Antecedentes, motivos del refugio, nombres e incluso rostros, vuelven a aparecer en la prensa sin conocer, o dar a conocer, mucho más que eso. Sin embargo, el lugar del debate no se instala con el mismo énfasis en torno a las responsabilidades del estado en relación a estas personas.

Del infierno al paraíso

Tras treinta horas de viaje desde Beirut, pasando por Frankfurt y Buenos Aires, un jueves de agosto de 2014, llegaron las entonces primeras, hoy sabemos que eran las únicas cinco familias de refugiados sirios oficialmente reasentadas en Uruguay.

Su llegada tuvo una repercusión desmesurada. El mismo jueves los informativos en la televisión dedicaron una extensísima cobertura. Hubo espacio para imágenes de la llegada: mujeres con velo,

hombres y niños saludando autoridades y haciendo trámites en migraciones; declaraciones de autoridades nacionales, notas a los vecinos de Villa García que con banderas de ambos países y carteles escritos en árabe (con la ayuda del google translator), en los que se les daba la bienvenida, con los mejores augurios. No faltaron imágenes de las niñas y niños, jugando al fútbol y experimentando la lluvia, en el jardín del hogar Marista que los acogió por dos meses. Siguió una conferencia de prensa, en donde el embajador de la buena voluntad de ACNUR, Osvaldo Laport, confesó sentirse más orgulloso que nunca de ser uruguayo.

Desde la propuesta del entonces presidente Mujica, hasta la llegada efectiva de estas primeras familias, el tema fue creciendo en importancia y cobertura. En principio estuvo sobre la mesa la llegada de los niños, y el debate giró en torno a si estábamos en condiciones de apoyar a otros, niños, mientras que un alto porcentaje de “los nuestros” también estaban en condiciones de vulnerabilidad. Luego, al surgir la posibilidad de la adopción, que transformaría a los niños sirios “en nuestros niños” y merecedores por lo tanto de ayuda. La idea fue madurando, hasta que pudimos saber que llegarían acompañado por familiares o adultos de referencia, conformando un grupo en el que por lo menos un 60% fueran menores de edad. Sobre los últimos días y en plena campaña electoral, la noticia comenzó a entrecruzarse con la todavía confusa propuesta de acoger a seis presos de Guantánamo. Algunos de los fantasmas rápidamente asociados a oriente medio y al islam comenzaron a aparecer. Sin embargo, el mismo jueves, Cifra divulgaba una encuesta según la cual, el 69% de los uruguayos apoyaba esta iniciativa. Datos, imágenes, declaraciones... imposible no emocionarse y contagiarse con la emoción de ser también, parte de ese todo solidario.

Reconocer nuestro espíritu solidario, no tiene en principio, nada de malo. Al ayudar a otros, en particular a una población golpeada por una de las mayores crisis humanitarias de nuestro tiempo, no solo estamos brindando oportunidades y esperanza a estas personas. Estamos, como explicaron Mujica y Almagro, brindando un ejemplo en la región para que esta experiencia se multiplique. Al hablar sobre “los sirios”, estamos hablando sobre nosotros mismos y estamos participando en la construcción de valores colectivos. Pero la línea entre reconocimiento y autobombo es muy tenue, así como la es, y particularmente en este caso, la línea entre solidaridad y espectacularización.

El resto es historia conocida. Del orgullo a la decepción, la “falta de agradecimiento” de las familias sirias reasentadas nos dejó desconcertados. “Si los Uruguayos piensan que los refugiados sirios son malagradecidos, tienen razón” consignaba una afamada politóloga que, como reza el dicho, vino a ser profeta en estas tierras, desde la “madre patria”.

Volviendo a empezar

Mayo de 2017. Como reguero de pólvora se contagia en la prensa la noticia de que Uruguay recibirá un nuevo grupo de personas, ya refugiadas, para ser reasentadas aquí. No faltará la chispa que encienda la indignación colectiva. Dado que ya sabemos cuándo, quiénes y desde dónde; qué se les dará y qué precisan para ser seleccionados (solo aquellos que se adapten al criterio podrán venir); no nos resultará difícil juzgar los procesos de radicación en nuestro país y disparar análisis rápidos sobre sus fracasos o nuestros éxitos.

El refugio, en tanto herramienta de protección de derechos humanos, impone (no de forma arbitraria, sino porque lo precisa para funcionar efectivamente) la protección de la identidad y la intimidad de las personas que se acogen a él, la confidencialidad de su situación y de su descontento con el Uruguay (¿su sociedad? ¿su economía? ¿sus autoridades (o las autoridades responsables del reasentamiento)? fuera el peso y la medida de todas las cosas.

¿Qué me importa? ¿De qué me sirve saber sobre el enojo de éste, o la irreverencia de aquel, si no tengo un contexto sistemático, analítico, para pensar la validez, la efectividad del refugio como herramienta para garantizar derechos vulnerados? ¿si desconozco la forma en que el estado uruguayo viene pensando su aplicación y cómo la evalúa, cómo y porqué se lanzan las diversas iniciativas? Su enojo nos hiere, nos provoca, nos enoja; y nos pensamos con derecho a sentirnos así, pero no vamos más allá.

De Rusia, de Turquía, de Siria, de Angola, de Colombia, de México, de Nigeria, tuvieron que irse, porque un contexto, porque otras personas, los forzaron. Llegaron a Uruguay porque de alguna forma buscaron resolver esa situación. No es difícil imaginar que están enojados, ni que hablan otro idioma, que sus niños juegan otros juegos y le rezan a otros dioses. No precisamos que nos lo cuenten, no nos sirve, ni a nosotros, ni a ellos.

De la trayectoria, así como de la asociación indiscriminada de su historia específica, a todas las situaciones de crisis presentes en su lugar de origen.

¿Significa esto que como sociedad debamos permanecer ajenos a lo que sucede con los refugiados y reasentados en nuestro país? SI y NO.

Cuándo llegan; quiénes son; a qué escuelas van sus hijos; si son diferentes a nosotros: qué ropas usan, qué comen; si se sienten felices o no, o si (como la mayoría de nosotros) atraviesan por ambos sentimientos de forma ambivalente; cuánto dinero les da el estado a cada uno; qué más les da o qué otra cosa les niega.... El conocimiento y la divulgación de esos datos no ayuda en nada a una efectiva protección de estas personas o grupos familiares, ni facilita el acceso pleno al goce de derechos, que debiera ser el objetivo de estas iniciativas. Es más, a la luz de experiencias previas, podríamos decir que los dificulta.

Cuáles son las prioridades y los criterios para el diseño de estas iniciativas, cuál es la planificación para que ellas evolucionen hacia recibir más o menos personas. Cuál es la viabilidad de esa previsión. Qué recursos económicos, técnicos y humanos son puestos a disposición para su funcionamiento y de qué forma se administran; qué éxito tuvieron. Cómo se evaluaron experiencias anteriores, cuántas personas finalmente se asentaron en nuestro país. Estas parecen ser las preguntas que una sociedad responsable se debiera hacer en torno a la forma en que a través de la solidaridad internacional, dejamos de ver únicamente nuestros problemas y tendemos lazos hacia el exterior.

En casi todo lo que refiere a información sobre refugiados en nuestro país, pasamos de la indiferencia a la indiscreción de un plumazo. Los insumos que recibimos desde la prensa alimentan esta ecuación. Buscamos, porque precisamos, el relato de lo que efectivamente sufrieron, para saber si merecen lo que se les da. Tomamos nota de su agradecimiento, para confirmar si valió la pena. Exigimos coherencia, agradecimiento, armonía, flexibilidad a las personas destinatarias de nuestra iniciativa, de todos y cada uno de ellos, para sentirnos satisfechos. Como si la reverencia o el descontento con el Uruguay (¿su sociedad? ¿su economía? ¿sus autoridades (o las autoridades responsables del reasentamiento)? fuera el peso y la medida de todas las cosas.

¿Qué me importa? ¿De qué me sirve saber sobre el enojo de éste, o la irreverencia de aquel, si no tengo un contexto sistemático, analítico, para pensar la validez, la efectividad del refugio como herramienta para garantizar derechos vulnerados? ¿si desconozco la forma en que el estado uruguayo viene pensando su aplicación y cómo la evalúa, cómo y porqué se lanzan las diversas iniciativas? Su enojo nos hiere, nos provoca, nos enoja; y nos pensamos con derecho a sentirnos así, pero no vamos más allá.

De Rusia, de Turquía, de Siria, de Angola, de Colombia, de México, de Nigeria, tuvieron que irse, porque un contexto, porque otras personas, los forzaron. Llegaron a Uruguay porque de alguna forma buscaron resolver esa situación. No es difícil imaginar que están enojados, ni que hablan otro idioma,

que sus niños juegan otros juegos y le rezan a otros dioses. No precisamos que nos lo cuenten, no nos sirve, ni a nosotros, ni a ellos.